



GLOBALIZACIÓN, IDENTIDAD Y EDUCACIÓN

Dra. Carmen Balart Carmona
Decana

El Noveno Congreso Internacional de Humanidades: “Palabra y cultura en América Latina: herencias y desafíos”, octubre 2006, se abocó al tema: “Lenguaje, literatura, cultura y educación en sus imágenes y en su imaginario”. Le correspondió su planificación, organización y puesta en marcha a la Facultad de Historia, Geografía y Letras, de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, de Santiago de Chile, en colaboración con el Instituto de Letras, de la Universidad de Brasilia, Brasil.

El Congreso Internacional de Humanidades, considerando su dinámica de Conferencias, Mesas Redondas, Ponencias, Actividades Artísticas, se ha realizado, en forma ininterrumpida, durante nueve años, compartidos entre Santiago y Brasilia, entre la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y la Universidad de Brasilia, entre la Facultad de Historia, Geografía y Letras y el Instituto de Letras.

Los tres días que duró el Congreso, 18, 19 y 20 de octubre, fueron de una intensa actividad académica; y, mientras transcurrían las jornadas de trabajo, fui delineando ciertas consideraciones que nacen desde lo que escuché al interior del Congreso mismo. Estos planteamientos, que se generan de acuerdo con las ideas que fueron exponiendo los diversos participantes, no intentan sintetizar la riqueza de la experiencia que ha significado este Congreso ni concluir de modo definitivo una actividad que forma parte de un proceso de acercamiento entre dos instituciones de educación superior que, a su vez, convocan a otras Casas de Estudios Superiores.

En el contexto cultural actual, se ha hecho imprescindible una reflexión profunda sobre el tema de la persona: el “*conócete a ti mismo*”, mantiene, en el aquí-ahora, la misma vigencia que tuvo en la cultura helénica.

Podríamos pensar que la humanidad, en este momento, de la explosión del conocimiento humano y del portentoso desarrollo de la tecnología, estaría en condiciones para encontrar una respuesta a las interrogantes fundamentales de la vida individual y social del ser humano. También, podría suponerse que el increíble avance de las diversas ciencias: Biología, Fisiología, Medicina, Psicología, Sociología, Economía, pueden ayudar a superar las incógnitas que existen con respecto a la lógica del comportamiento humano. Igualmente, se podría dar por sentado que el hombre logrará, finalmente, descifrar la lógica de los sentimientos.

No obstante lo anterior, la interrogante sobre el hombre y su destino se hace cada vez más compleja; incluso, en las circunstancias actuales, es difícil seleccionar la información masiva que se nos entrega a través de los medios de comunicación, atender a lo importante y relegar lo circunstancial. La aceleración de la ciencia y la tecnología nos ha traído, paradójicamente, una creciente incertidumbre con respecto al ser del hombre y a su destino último.

En el presente, estamos ante una crisis de identidad como no se había percibido en la historia humana. Ante la incertidumbre y la desorientación con respecto a su propia imagen, el sujeto anhela el descubrimiento del sentido de su ser y el sentido de su existencia. De lo cual se deduce la inmensa responsabilidad que le cabe a la educación: hacer que el individuo, encerrado en los límites de su subjetividad, se convierta en persona, en un ser único y concreto; comunicado, al mismo tiempo, con los demás, abierto a los otros, ejerciendo su propia capacidad de soñar, de imaginar, de pensar, de vivir, de querer, de compartir, de solidarizar, de seducir, de orientar, de construir, de amar.

La educación como proceso de formación. Según lo anterior, el proceso de la educación debería ser un proceso de formación, no un proceso de deformación; y tender al desarrollo de personas que logren una intensa vida interior, que alcancen una actitud crítica y autónoma ante la vida y que se sientan protagonistas en la creación-recreación de su entorno.

La educación no debe formar personas unidimensionales, acostumbradas sólo a recibir informaciones, recetas, moldes, esquemas, y que actúan de forma obediente, conformista, ceñida a la norma, a la instrucción, al informe, y que no desarrollan algo distinto a los roles que les han enseñado ni están capacitadas para optar entre posibilidades diversas ni preparadas para asumir el riesgo que implica todo cambio importante.

Si se condiciona al sujeto a desempeñar siempre la misma función, no permitimos el desarrollo de una personalidad divergente, única, peculiar; puesto que planificamos un sujeto-robot, el cual no puede crear algo distinto a los roles que le han asignado.

La interpretación del mundo. El hombre elabora el mundo en cuanto posibilidad de interpretaciones que la comunidad asume como suya y que cada persona recibe y reelabora conforme sus experiencias existenciales. Sobre esta base, mediante la reflexión, el querer y la voluntad, construimos culturas que son realizaciones de algunas de dichas posibilidades que nacen de la propia capacidad imaginativa humana.

La tarea del educador. Debemos considerar que los otros no tienen por qué limitarnos; por ello, el proceso de la educación debe ayudar al desarrollo de las personas. Considerando este planteamiento, la tarea del educador es la de interactuar con el otro, para que éste aprenda a convertirse en una persona, en una personalidad inteligente y sensible.

El desarrollo personal y social. Es necesario formar a los seres humanos como seres pensantes, que entiendan el para qué de las cosas. Por ello, todo proceso educacional debe favorecer el desarrollo de personas, de personalidades, que, a su vez, integren sociedades cada vez más humanas. Sólo, de esta forma, lograremos sujetos de intensa vida interior, que generen una actitud crítica, ética, emancipada, inédita y valórica ante la vida, que les permita romper esquemas, y que se sientan protagonistas activos en la creación y recreación de su entorno, incluso del mundo.

El término cultura. El vocablo cultura implica un conjunto trabado de maneras de pensar, sentir y obrar más o menos formalizado, y que, compartido y aprendido, es válido para cada individuo; y, a la vez, reúne e integra a una pluralidad de personas en una colectividad particular, distintiva. De aquí deriva el *sentido de pertenencia y de identidad*.

La cultura es resultado de un proceso de socialización, de todo lo socialmente aprendido y compartido por los miembros de una comunidad: patrones mentales, prácticas sociales, usos, costumbres, creencias, lengua, ciencia, arte, filosofía, ética, educación, valores materiales. La cultura representa una visión de mundo, un horizonte mental que afecta a toda actividad humana.

La globalización. Partamos con una interrogante: ¿La liberación del sujeto se dará en el contexto de la globalización? La respuesta brota inmediatamente: la liberación sólo se dará si logramos recuperar los valores que son apreciaciones subjetivas de las cosas, que los podemos encontrar implícitos e explícitos en las grandes creaciones del ser humano. Mas, si el sujeto se encandila con el oropel del mundo, se deja hipnotizar por lo que engaña, entonces, minimiza su presencia personal y siente que aún cuando no le va bien, podría irle peor. Pierde su centro y se enajena.

La globalización, al ensanchar las fronteras de lo privado, nos ha traído la amplitud de los horizontes de nuestro entorno; pero, muchas veces, en vez de permitir que nos abramos a la multiplicidad de posibilidades, a las opciones de lo diverso, paradójicamente, coarta la libertad y la identidad individuales. Ello ocurre porque el espacio íntimo está siendo expropiado, invadido desde lo externo. Necesitamos descubrir nuestra propia personalidad profunda.

Al minimizarse el sujeto desde el punto de vista humano, disminuye su presencia y, empuñada su voluntad, no se atreve a expresar su personalidad ni a entender su circunstancia, menos a enfrentarla. Se convierte, por consiguiente, en un dato más, que acepta ser informado de lo que debe o no hacer, medido en la eficiencia de su rendimiento, planificado en su proyecto de vida. Así, relega el desarrollo de su personalidad y adopta una actitud pasiva ante las circunstancias. Debemos atrevernos a *generar nuestro espacio y reconocerlo como tal*; no seguir aguardando a que otros nos digan cuál es.

El tema de la participación. Uno de los mitos de la sociedad contemporánea es el de la participación, fundamentada en el hecho de que somos libres e iguales. No obstante, uno cree que participa cuando realmente no lo hace. El mejor ejemplo lo ofrece la televisión: vemos el mundo a través de la pantalla, que funciona como una vitrina. A través de ésta, no sólo se ve el espectáculo; lo más importante es que uno se mete en el espectáculo y éste, a su vez, penetra en el hábitat de uno. Con esto, se debilitan los lazos reales de comunicación directa y se ensalzan los lazos virtuales. Si el espectador pudiera mirar, sin involucrarse, se generaría una distancia entre el Yo y el escenario, y podría plantearse críticamente. Ser libre significa ser distinto y apreciarse en su diversidad, hacerse cargo del riesgo de ser diferente. Esto implica identidad personal e identidad socio-cultural.

La creatividad. Resulta evidente que en el *presente*, en el *aquí-ahora*, en nuestro momento actual, inciden las situaciones que nos precedieron: el *pasado*, el *recuerdo*, así como nuestra realidad se encontrará tácita en las que nos sucederán: el *mañana*, el *futuro*. No obstante, siempre permanece intacto ese algo que constituye la realidad última del sujeto, su propia alma, desde donde brota la potencialidad creadora de todo hombre y de toda mujer. Vivir es interpretarse e interpretar el universo; y luchar por realizar dicha interpretación personal en el mundo objetivo. La historia de la humanidad expresa el destino del quehacer humano, lo ilimitado de su espíritu que no se detiene nunca y, cuando cree haber alcanzado tierra firme,

entrega la antorcha a generaciones más jóvenes que, con sus nuevas experiencias, abren las fronteras hacia lo desconocido.

Antes de dar por concluidas mis palabras, quisiera comunicar que, con los académicos de la Universidad de Brasilia, hemos proyectado el Décimo Congreso Internacional de Humanidades: “Palabra y Cultura en América Latina: herencias y desafíos”, que se realizará en el Instituto de Letras, de la Universidad de Brasilia, en octubre de 2007, en combinación con la Facultad de Historia, Geografía y Letras, de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Se ha acordado un tema de gran actualidad y trascendencia: “Diversidad cultural y convergencia latinoamericana: acortando distancias”.